Ya el Dante había esculpido en tercetos de bronce muchos elevados pensamientos del Angel de las Escuelas (10), y Lacordaire en sus sermones de la materia y forma de la doctrina de la Iglesia (1836), de la distribución de las gracias á la humanidad en el gobierno divino (1851), de la vida íntima de Dios (1848), de la vida en general (1854) y otros, expuso con fuerza y precisión sin mengua del estilo oratorio, doctrinas de Santo Tomás de Aquino, que presentadas por la elocuencia renovadora del monje francés, aparecen profundas y claras juntamente, como un mar de hielo.

Pero no ya Balmes, que nunca se declaró tomista, ni el mismo Lacordiare, que aunque más franco, sí aplicó á la apologética, la no filosofía, (11) trató ésta de modo especial; los mismos italianos Liberatore, Taparelli, Cornoldi, á pesar de su ciencia indiscutible, no hubieran podido realizar la ardua empresa de restaurar la escolástica olvidada, despreciada, empolvada por los siglos, que gloria semejante se reservó por el cielo al genio y á la autoridad de un Pontífice ilustre. (12)

Pío IX buscó en la Madre de la Sabiduría el remedio contra el naturalismo, y su inmediato sucesor pudo hallarlo en la restauración de la verdadera ciencia católica. El Canónigo Didiot dice:

"Hacía largo tiempo, dos hombres del mayor mérito, los hermanos Joaquín y José Pecci, se entusiasmaban con la *Summa Theologica* y con la *Summa contra Gentiles*. Allí encontraron la solución de todas las dificultades filosóficas; la respuesta á todas las objeciones kantistas y positivistas; la base sólida de todo progreso especulativo y moral; la necesaria y segura condición del trabajo teológico; la más hermosa y fuerte de todas las ciencias naturales y sobrenaturales. Estaban encantados de la claridad verdaderamente angélica con que el autor de las dos *Sumas* establece la objetividad del mundo y del yo; la unidad substancial del compuesto humano; la colaboración de los sentidos á la intelección y á la volición espirituales; la completa legitimidad de nuestra investigación y de nuestro descubrimiento de los principios ó de las causas por medio de los hechos, las esencias por los accidentes, las

potencias por sus actos, el alma por la vida corporal, Dios por el movimiento de las cosas, la revelación por lo preternatural, los misterios ó las gracias sobrenaturales por el acto de fe. Joaquín Pecci, en su palacio arzobispal y en su seminario de Perusa; José, en su cátedra de alta metafísica en la universidad romana de la *Sapienza,* formaban hombres y sacerdotes para esta incomparable doctrina; y preparaban el porvenir del que Joaquín tendría bien pronto la dirección en la Iglesia toda. Cuando llegó á ser Papa, y José, Cardenal, bien se pudo decir que Santo Tomás entraba con ellos en ese palacio apostólico del que había sido el más ilustre maestro en los siglos pasados. En 1879, la encíclica *Aeterni Patris* inauguró una serie de enseñanzas verdaderamente pontificales y medidas soberanamente oportunas para el completo restablecimiento de la tradición tomística, adaptada al estado presente, en lo tocante á ideas, ciencias y costumbres." (13)

Se dirá que nos dejamos llevar de la imaginación y del deseo, atribuyendo á la declaración del dogma de la Inmaculada el advenimiento feliz de la nueva filosofía, y realmente en el terreno histórico nos sería imposible encontrar con rigor dialéctico entre ambas cosas el enlace de causa y efecto; pero dicho se está que la invasión naturalista decidió á Pío IX principalmente á declarar el dogma, porque no esperaba más que de la Virgen María el remedio de tamaño mal. El hecho es que la filosofía tomista, tan desacreditada y que parecía indigna de tiempos que desprecian la metafísica, ha vuelto á reinar en las más grandes inteligencias, y que el positivismo pierde terreno, huye de las universidades y de los grandes centros científicos, y sirve sólo para alimentar la impiedad de los periodistas y matizar de frases pomposas algún discurso de congreso.

Los grandes sabios católicos, de los cuales muchos habían abandonado á Santo Tomás imprudentemente, vuelven á él á la autorizada palabra de León XIII, y los mismos doctos protestantes, alemanes sobre todo, estudian á Santo Tomás y reconocen que su ciencia es el verdadero apoyo racional del cristianismo. Von Ihering, el célebre jurisconsulto luterano que todos admiran por la profundidad de su talento, dice: "La re-

convención que yo me hago de haber desconocido durante largos años las obras de este hombre insigne (Santo Tomás), deben con mayor razón hacérsela aquellos filósofos y teólogos protestantes que sistemáticamente han rehusado utilizar los grandes pensamientos que en los libros de tan ilustre sabio se encuentran. Al observar atentamente este singular fenómeno, me admiro y pregunto con frecuencia: ¿cómo es posible que nuestra ciencia protestante haya podido echar en olvido, después de haber sido expuestas, tan profundas verdades? Por cierto que no existirían tantos errores si sobre ellas se hubiera meditado. Por lo que á mí toca, afirmaré sin reparo, que tal vez no correría impresa mi obra, de haberlas antes conocido, pues los pensamientos fundamentales que en ella explano, se encuentran ya formulados por aquel egregio filósofo, de la manera más exacta y expuestos con incomparable claridad." (14)

En cuanto al positivismo, oigamos cómo juzga su situación actual, recientísimo historiador, tan imparcial como bien informado: "Actualmente el positivismo no parece progresar ni conservar el favor público. Ortodoxos con M. Laffitte, sucesor oficial de Comte, ó disidentes y refractarios de diversas categorías; enteístas con Caro, ó panteístas con Ferriere; antropologistas, con Th. Ribot ó Broca de Mortillet, ó hipnotistas y oculistas con Delbœuf y Encausse; pedagógos con Pérez ó criminalistas con Tarde y Lombroso; alienistas con Charcot y Luys, ó hipnotistas con Liébeault y Bernheim; anti-religiosos como Draper y Guyau, ó indiferentes á su manera como Holyoake, los amigos y aliados más ó menos simpáticos á la escuela gonóstica, no pueden gloriarse de haber vencido la escuela metafísica ni de haberla opuesto una doctrina que merezca el nombre y la posición de rival. En este respecto, no han avanzado más que Comte; y bien se puede creer que no han mantenido sus líneas estratégicas. Han hecho excelentes investigaciones y han adquirido preciosos resultados en el terreno de las ciencias físicas, naturales, matemáticas, teóricas ó aplicadas; pero lejos de que esto dañe la verdadera filosofía le aprovecha cada día más. Quieran ó no, esa filosofía se restablecerá sin ellos y aún á pesar de sus ataques. El simple buen

sentido secunda ese movimiento; y aún en la positivista Inglaterra apenas Huxley había revestido audazmente el transformismo con impiedad declarada, se vió obligado á reconocer la fuerza moral y la independencia del hombre en lucha con la Revolución fatal de las fuerzas cósmicas; apenas Romanes hacía su tentativa para suprimir toda diferencia esencial entre la humanidad y la animalidad, cuando se reconcilió respetuosamente con la vieja creencia de Dios y del Evangelio; poco antes Jorge Eliot en Londres y Constant de Rebecque en Holanda, admiraban sinceramente *La Imitación de Cristo;* Morison hablaba con ternura de S. Bernardo y del Cister; y si Tyndall, Congreve, Harrison, Bradlaugh, se obstinaban en su materialismo ó secularismo ateos, el espiritualismo cristiano podía oponerles con orgullo, no sólo católicos como Saint-George Mivart ó los cardenales Newman, Manning y Vaugham, sino también anglicanos como Gladstone, Salisbury, Mallock, Balfour. El único filósofo del que podría gloriarse con derecho el positivismo de nuestros días, es Alfredo Fouillée; pero un determinismo resuelto, un implacable escepticismo, un criticismo inexorable, un sistema de ideas madres muy próximas á la idea de Hegel y á la volición de Schopenhauer, una especie de coquetería que acoge y desdeña alternativamente al evolucionismo, ¿bastarán acaso para constituir un positivismo de antiguo ó de nuevo género? Como quiera que sea, los herederos de Comte parecen quedar reducidos á volver sus miradas y sus esperanzas hacia los hombres políticos más modernos, hacia la misma franc-masonería, en donde en efecto pueden encontrar el apoyo que los verdaderos pensadores no proporcionaron jamás voluntariamente á los negadores del pensamiento." (15)

El P. Forbes nos da también las siguientes noticias agradables respecto de Francia y de la patria de Spencer: "Soy cristiano—escribía Cauchy—con todos los grandes astrónomos, con todos los grandes físicos, con todos los grandes geómetras de los siglos pasados. Soy católico con la mayor parte de ellos, y si se me preguntase la razón, la daría de buena voluntad. Se vería entonces que mis convicciones son el resultado, no de prejuicios de nacimiento, sino de estudios profundos."

"Estas líneas las firma Cauchy; pero podrían firmarlas también los nombres siguientes: Le Verriere, Ampere, Biot, Becquerel, Babinet, Chevreul, Dumas, Pasteur, Faye, Hermite. ¡Que se nos cite una lista comparable á ésta! La actitud descontentadiza y hostil de algunos otros sabios, no debilitará su autoridad.

"Si á estos testimonios se añade el de los sabios más ilustres de Inglaterra, se podrá hacer constar que en Europa, la creencia en Dios y el sentimiento religioso son de buen tono en las esferas más elevadas de la ciencia. Lord Kelvin dice: "Estamos rodeados de pruebas agobiadoras que nos demuestran la existencia de un entendimiento bondadoso y de una voluntad libre, manifestándose por la naturaleza y enseñándonos que todo ser viviente depende del creador y amo, cuya actividad todo lo penetra." "Toda ciencia—dice Sir William Siemens—lleva al reconocimiento inteligente del creador, en sus obras. "Del mismo modo se expresan Stewart y Tait, Faraday, Clerk-Macwell, Sir Joseph Dawson, Sir Hershell." (16)

Sin pretender dar una demostración rigurosamente lógica, creemos que la decadencia del positivismo se debe á la Virgen Inmaculada. Pío IX, para atajar la marea naturalista, rinde á María el homenaje más solemne que, excepto el de Efeso, hayan visto los siglos, y surge á la voz de su sucesor, y como por encanto, una filosofía que se creía muerta, que disputa á las sombras el dominio del mundo, y de cuyo triunfo glorioso ya apunta la aurora. ¿Qué cristiano no creerá que Pío IX fué oído, cuando á su clamor contra el naturalismo imperante, sucede la restauración de la ciencia del Angel de las Escuelas y el error comienza á ceder?

En Italia, en donde ya se había iniciado antes de la encíclica *Ae terni Patris* el movimiento tomista con Sanseverino, Carnoldi, Liebratore, Taparelli d'Azeglio, protegido por prelados como Pecci (después León XIII) y Sforza, pero sin que llegara á tener influencia universal; en Francia, donde sólo había apuntado el tomismo, aunque de un modo brillante con la elocuencia de Lacordaire y las frases de admiración de Gratry hacia el Angel de las Escuelas (17); pero sin llegar ni por asomo á la restauración de la escolástica; en Alemania, cuyo pensamiento se había ex-

traviado tan lamentablemente con los delirios de Kant, Fitch, Shelling y Hegel, al punto de que su historia filosófica merecía el nombre que le aplicó Cornoldi de *patología de la razón humana;* en España olvidada enteramente de sus gloriosas tradiciones escolásticas, al grado de hallarse apenas rastros en la carta intelectual de la península, de las enseñanzas de Suárez,—Melchor Cano—en Holanda calvinista; en Inglaterra, más que protestante, corrompida por el evolucionismo de Spencer; en Bélgica católica, pero en donde reinaba Thiberhein, el catedrático de la universidad libre de Bruselas, como soberano de la filosofía, enseñando un krausismo corruptor, á pesar del gran P. Lepidi, dominico, que, con los jesuítas italianos, tiene la gloria de haber iniciado la restauración escolástica (18); en todas partes,—digo—á la voz casi creadora de León XIII, la ciencia del Angel de las Escuelas comenzó á florecer. (19)

* * *

¿Pero habrá entre los que interpretan torcidamente la conducta de los Papas, por malicia ó ligereza, quien afirme que según León XIII toda la ciencia humana se reduce á la de Santo Tomás, y que ésta no necesita cobrar mayor desarrollo y buscar nuevos rumbos, auxiliada por los modernos adelantos?

El gran Papa comprendía con los Padres y Doctores de la Iglesia la estrecha relación entre la filosofía y la fe, supuesto que en la primera hállanse los preámbulos de la segunda que constituyen lo que podemos llamar la parte racional de la religión (*philosophia est christianismi preludium et auxilium*—dijo Orígenes) y nada conviene tanto á la apologética, por lo mismo, como establecer tales preámbulos sobre bases perfectamente sólidas é inconmovibles.

La ciencia de Santo Tomás es el block de granito —dice el P. Gratry—que mejor puede constituir los sillares del monumento científico de la religión.

Omnis motus fundatur in inmovilit. Muy bien que la ciencia se mueva, que investigue por donde quiera y lo que quiera, ya que Dios no ha señalado límites á su anhelo; pero que sepa no ha errado el sendero reco-

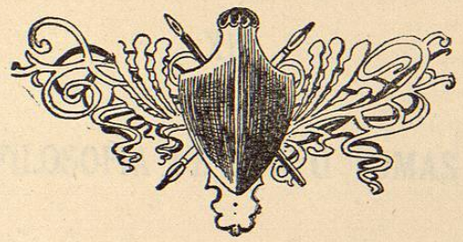
rrido, ni menos el punto de partida, porque de otro modo no hay progreso posible.

Los filósofos, sobre todo en Alemania, pretenden innovar radicalmente la filosofía, y cada uno construye su sistema propio y exclusivo, ó al menos aspira á hacerlo, queriendo borrar de una plumada cuanto acerca de Dios, del mundo y del hombre han dicho antes los demás sabios, como si su razón fuera la primera que hubiera existido en el globo.

¿Qué es para Kant el saber acumulado por los siglos, cuando quiso ser el Copérnico de la filosofía, derribando lo que él juzgaba el pueril sistema ptolomaico de sus predecesores en la ciencia? ¿Qué fué para Hegel la doctrina de Kant y la de toda la humanidad, cuando engolfado en la profundidad caótica de su sistema, creía que no había en la tierra quien lo entendiese, cosa, por otra parte, cierta, como dice Balmes, pues el gran germano no se entendía ni á sí mismo? (20).

Antes de León XIII, y sobre todo, antes del *Syllabus* y el Concilio Vaticano, que comenzaron á dar á la filosofía católica su verdadera orientación, el mundo se hallaba en plena anarquía filosófica entre los pensadores, mientras en las clases semi-sabias reinaba un positivismo burdo; la apologética que en pocos se apoyó en firmes bases, carecía por lo común, como hemos dicho, de filosofía sana y fuerte, y era curioso, al mismo tiempo que lamentable, ver á los defensores de la fe católica (entre ellos muchos sacerdotes) querer encajar sus lecciones en los moldes del kantismo y del hegelianismo, ya no digamos en los de Cartesio y Rosmini.

La enseñanza de filosofía en las escuelas católicas carecía de solidez y unidad, y debía tenerla (21); la fe necesitaba librar sus fronteras de errores enemigos; la apologética, desacorde en sus bases racionales, mostraba á la impiedad el espectáculo de un ejército en desorden, y nada era tan importante para la Iglesia como hacer cesar aquella anarquía intelectual entre sus hijos.

La declaración de la Infalibilidad sobrevino y el genio de León XIII brilló; pero éste, en vez de querer estancar en la escolástica de la Edad Media, la

ciencia contemporánea, pretende *que posea el sacerdote, no sólo la doctrina sagrada, sino la filosofía enriquecida por las ciencias físicas é históricas.* (Carta de 15 de Febrero de 82 á los Obispos de Italia). No condena el progreso; busca sólo base y dirección al progreso; el movimiento, para que sea fecundo, debe de apoyarse en lo inmóvil.